

Pequeños hoteles rurales

En absoluto tengo algo que ver con la hostelería y el turismo rural. Sí en cambio tengo mucho que ver con el entorno rural, al menos el pueblo en donde nací y viví un cuarto de siglo de mi vida, y a donde vuelvo tantas veces como puedo, muchas menos de las que en realidad desearía.

Escuché con sumo agrado varias entrevistas de radio a varias personalidades y empresarios relacionados con el turismo rural, que se está presentando ya como turismo de calidad.

Agradables noticias con resultados jugosos y un gran porvenir, a juzgar por cuanto estos industriales del nuevo concepto del turismo manifestaron en la radio. Y tiene su importancia que unos industriales reticentes siempre a hablar de beneficios, demuestren públicamente la bondad de esos jóvenes negocios y que la cosa va a más. Se les notaba mucho el cariño que han puesto en transformar humildes viviendas en hotelitos de calidad, de buen gusto, incluso de cierto confort y lujo, como ellos dicen, que el turista, cansado o ávido de nuevos disfrutes, se lance a ocuparlos para disfrutar de una calidad de vida fantástica que ofrecen en muchos sentidos, que no es frecuente encontrar en mastodónticos y superlujosos edificios de enorme capacidad, con el máximo de estrellas, confort y boato. Se les notaba igualmente cariño a la profesión, capacidad de gestión, y sobre todo confianza en que la idea, de volver un poco la vista hacia atrás, hacia los orígenes, constituye motivo suficiente para mantener la esperanza en los pasos que están dando, para facilitar al turista los medios naturales suficientes que le hagan enamorarse del medio rural, que hasta hace bien poco era considerado como lugar habitado y solo adecuado para palurdos y brutos sin cultura.

Parece que hasta ciertos magnates de la hostelería están empezando a contemplar las idas y venidas de estos pequeños industriales. Piensan si serán solo gente valiente y arriesgada, o que se han metido en un negocio que puede resultar -de hecho ya lo es- no solo una romántica aventura. Son hormiguitas que, grano a grano, de aquí y de allá, están llevando a sus madrigueras una buena parte del succulento botín.

Todo esto me da por pensar en las posibilidades que tiene mi pueblo, Bezas -y de tantos otros pueblos- con viejísimas y rústicas edificaciones, los pajares y las eras donde se trillaba, obsoletos hoy la mayoría, otros en ruina progresiva, pero perfectamente aprovechables.

Parece ser que la ley autorizaba tan solo hasta hace bien poco a que estos pequeños hoteles rústicos se instalasen en edificios de cien o más años de antigüedad y con ciertos valores arquitectónicos, -pienso yo que esto sería a quienes desearan acogerse a subvenciones oficiales- pero hoy la ley ha cambiado y permite que se haga un hotelito de esta categoría en cualquier edificio o en el lugar que considere el promotor. Otra cosa será, pienso, que el organismo correspondiente para dar la licencia de instalación y apertura exija ciertos requisitos.

En mi pueblo hay pocos edificios emblemáticos de cien o más años, y que tengan un gran valor artístico, porque allí todo es bastante sencillo, aunque encantador.

Pero sí tienen cien años, y más, parte de esos pajares de una magnífica red de arquitectura local envidiable y bella, realizada con materiales del entorno que se integran a la perfección en el perímetro urbano, pero sin apenas mezclarse, -como solían estar los pajares en casi todos los pueblos- que ya han llamado la atención y movido alguna voluntad para que esos edificios tan bien construidos y conservados, con una situación estratégica envidiable, no terminen derruidos por la acción del tiempo y la forzada desidia.

Hay que aunar voluntades y esfuerzos todos. La Administración que debe conceder ayudas económicas y morales. Las corporaciones locales, los propietarios, ya sean en legítima y acreditada propiedad por documento escrito o por ley natural de usufructo y antigüedad, todos han de ponerse de acuerdo.

No debe perderse este riquísimo patrimonio que tanto costó formar, testimonio vivo, casi inalterado, de la cultura rural de nuestros padres, que con siglo y más de existencia en la mayor parte de los casos, puede convertirse hoy en nuevo motor de vida. Recuperar el pasado, o parte del mismo, es una obligación, cuando tanto nos jugamos en ello.

Ánimo. Con voluntad y tesón se pueden hacer muchas cosas, poner a producir un patrimonio que está aquí, que por sus inmensas bondades va a ser muy solicitado.

Déjenme pensar y soñar que a no mucho tardar en nuestros pueblos, en mi pueblo, veremos más de un hotelito de esos que invitan a recuperar tantos valores perdidos.